

más el sentimiento. Ciertamente que no puede dar la idea, pero da lo equivalente, por ejemplo, una respuesta que sentimos, que ciertamente no podemos ni imaginar ni comprender. Halla el sentimiento tranquilidad y paz interior en algo indecible, en algo que no se puede ni pensar ni expresar, pero que se deja sentir. Nos viene entonces á la memoria el Dios de los gnósticos, aquel Dios á quien no se puede nombrar, y del cual se dijo:

«Darle nombre no es posible,
»Es obra de sentimiento». (1)

Es lo más propio y más íntimo de la naturaleza del hombre; es el enigma que llevamos en nuestro corazón; es lo más santo que posee nuestra alma; es lo que tiene una expresión simbólica, comprensible en las artes y en la religión. (2)

Pero lo que más nos maravilla es que ese «indecible» del cual no tenemos idea, en el cual no podemos pensar y que menos aun podemos expresar, concluye por tener una expresión comprensible; será, sin duda, una expresión que esté muy conforme con él.

Hoy, no hay más que pasar la vista por la moderna literatura con sus simplezas y con su futilidad, para comprender la naturalidad con que semejante doctrina se ha de vengar sirviéndose de la vaciedad y de la ligereza, y sería suficiente mal, aunque no produjera otro; pero no es sólo, desgraciadamente, es cantidad muy despreciable de otras tres plagas mucho más terribles.

8. Desde el punto de vista de la voluntad, de la educación y de la formación de los caracteres.—Los más desastrosos resultados de esta doctrina son los que se obtienen desde el punto de vista de la voluntad, de la educación y la formación del carácter.

Difícil es ver cómo puede concebirse una educación que parte de semejantes principios. Puede formarse el corazón

(1) Goethe, *Faust* (S. W. Stuttg. 1854, XI, 150).

(2) Liebmann, *Kant und die Epigonen*, 67, cfr. 200.

empleando la violencia cuando es necesaria, porque las pasiones soportan muy bien la severidad y hasta la exigen. El principal deber de la educación racional consiste precisamente en ennoblecer y en fortificar el corazón al mismo tiempo que la voluntad; es algo incomparablemente más importante y más necesario, que formar la inteligencia con el recargo en la enseñanza. ¿Qué será de la educación, si se coloca el educador en el terreno de la moderna doctrina del sentimiento, y hace lo mismo el alumno? Entonces, el jovencito se aplicará al trabajo y estudiará, para aprender de memoria y con el sudor de su frente aquel insignificante pasaje que sobre el sol le da un manual insípido; después no tendrá más que dormir y soñar, para contemplar sin trabajo como Bernardino de Saint-Pierre, millares de soles, y esto con encantos incomparablemente superiores á los de antes. Y será flagrante injusticia y gran contrasentido exigirle una aplicación que le permita desarrollar un poco su inteligencia, siguiendo el método tradicional, largo, pesado, y que aprenda á balbucear, en la vulgar gerga del mundo, la miserable lengua de la razón, mientras que con su sentimiento puede, con sólo dormir, ir en esto mucho más lejos.

Otro caso. Comienzan á reflexionar los padres sobre el hijo, cuyo natural aparece enteramente cerrado; y en otro tiempo era tan ingenioso y tan gracioso, tan abierto y tan franco, que hacía toda su alegría y toda su felicidad. ¿De dónde cambio tan repentino? Por fin les entra una sospecha; se ponen á temblar. Quizá aquél hijo ha caído en manos de algún seductor que le ha enseñado el pecado cuyos primeros efectos son hacer salvajes y taciturnos. Tratan entonces de penetrar en el corazón del niño, para descubrir el mal y curarlo. Pero si es verdad la doctrina del sentimiento, ¿quién puede darles derecho para penetrar en lo más íntimo y más personal que tiene la naturaleza humana, en el santuario del alma? Y suponiendo que quiere él abrir su corazón, ¿podrá hacerlo, si aquel «indecible» que se oculta dentro de él mismo, no permite

ni que le conciba el espíritu ni que le exprese la palabra? ¿Quién duda que debe desgraciarse toda tentativa de educación con la doctrina del sentimiento?

No hay loco que no pueda cargar en la cuenta del sentimiento sus perturbadas imaginaciones, como no hay esclavo que no pueda hacer lo mismo con sus indomables caprichos. Con esa excusa, semejantes á los criminales de los tiempos antiguos, encontrarán siempre un asilo, de donde no habrá derecho para arrancarlos como si se hubieran refugiado en el altar del mismo Dios. Con esto no sólo cesa toda educación, sino también toda capacidad de mejoramiento, toda buena voluntad para recibir un aviso, y toda responsabilidad, y aun toda cultura de la justicia.

Nadie lo ha pintado mejor que Goethe en su desgraciado Werther. No hay más que ponerlo en manos de los jóvenes, si queremos hacerlos en absoluto inaccesibles á todo mejoramiento y á todo consejo. Ved lo que escribe de sí el héroe de la novela, queriendo, como un semidios, presentarse como modelo á la imitación y aun á la veneración de todos los hombres de sentimiento: «En completo desacuerdo, que llega hasta una inquieta incuria, están mis fuerzas activas; no puedo estar ocioso y, sin embargo, no puedo hacer nada; no me queda imaginación ni sentimiento de la naturaleza, los libros, me sublevan el corazón». ⁽¹⁾ Tal es el primer grado de esa vida de sentimiento; el que sigue es el segundo: «No quiero ser dirigido, ni animado, ni excitado; me hierve el corazón, y se escapa lejos de mí. Me hace falta un dulce canto, el canto de una madre que mece á su hijo. Considero mi corazón como á un niño enfermo, y le doy todo lo que pide». ⁽²⁾ En fin, en el tercer grado, el niño mimado no sólo defiende sus defectos, sino que se burla de los que no los tienen. «¡Ah! hombres racionales ¡estáis tan tranquilos! hombres morales, ¡sois tan poco comunicativos! En cuanto á mí, me he embria-

(1) Goethe, *Werther*, Stuttg. 1854, XIV, 63.

(2) Id., id., 9.

gado de placer una vez; mis pasiones no han estado lejos de la locura, y no me arrepiento. Ruborizaos ¡hombres fríos! ¡ruborizaos también, sabios!» ⁽¹⁾ ¡El resultado es conocido!

¡Basta! Si no hubiera producido esta doctrina los Werther, que han sido muchos por desgracia, no hubiera alcanzado tanta celebridad. Juzgándola de la manera más favorable, puede decirse que, bajo su influencia, nada tendremos mejor que los pálidos imitadores de Endimión, sumido en el sueño y en la inactividad por Selené, hasta que le plugo librarse de aquella soñolienta vida sin honor y sin fuerza. Tendríamos caracteres cortados por el patrón ofrecido por Jacobi, principal campeón de esta tendencia del espíritu que describe así Zeller: «Caluroso entusiasmo por lo bello, cultura de almas hermosas; pero con eso la molición de una vida sentimental, que no ha sido reemplazada por grandes empresas prácticas, continuos mimos, equivocaciones á propósito de bagatelas, éxtasis y desencantos sin motivo conocido; ni pasiones fuertes, ni grandes caracteres». ⁽²⁾

9. Una vez más la cabeza, la voluntad y el corazón.—Debemos hacer aquí el resumen de toda la doctrina de los afectos y pasiones, tratada en el capítulo anterior; con placer veríamos que se pensase en ella, al tratar del sentimiento. Para llevar á cabo el trabajo moral, ni debe ponerse en actividad la fría inteligencia sola, ni tampoco la fría voluntad sola; es el hombre, uno y entero, el hombre pensando, queriendo y sintiendo, son la inteligencia, la voluntad y el corazón. Pero no es otra cosa el corazón que el terreno en que tienen su asiento las pasiones, la parte inferior del apetito sensible, en la cual se ponen en contacto nuestra naturaleza sensible y nuestra voluntad. Como ser perteneciente á dos dominios, no puede ver pasar un sólo día sin experimentar sentimientos sensibles que alcanzan inmediatamente al alma; pero no son lo mis-

(1) Goethe, *Werther*, Stuttg. 1854, XIV, 55.

(2) Zeller, *Gesch. der deutschen Philos.*, 560.

mo que ese sentimiento, cuya naturaleza no puede ser determinada ni calculada de una manera precisa. La cólera contra todo lo que es detestable y malo, el entusiasmo por lo que es noble y bello, una dulce é inquebrantable esperanza en las horas de prueba, la audacia para rechazar los obstáculos que se oponen á la virtud, un sentimiento de afectuosa compasión para todas las miserias del prójimo, un verdadero sentimiento de gozo y de dolor; pero ante todo, la más grandiosa de todas las pasiones del corazón humano, el amor tierno y ardiente; ¿puede haber en nosotros movimientos más determinados, más claros y más vivos? Todo es aquí luz y precisión; conozco su procedencia; conozco las circunstancias en que han tenido origen en mí, conozco la manera de reprimirlos, la latitud que puedo darles; conozco que si los dirijo bien, semejantes á nobles corceles, por el áspero camino de la virtud, han de conducir mi alma á su destino. Conozco con cuánta delicadeza dan calor á mi corazón, cuando hago de ellos buen uso, y qué fuego y qué poesía dejan correr á través de todos mis miembros. El movimiento y la fuerza producen el calor. Trata con seriedad de purificar tu inteligencia, de templar tu voluntad, de dominar tus pasiones; en seguida, da una vuelta por ti mismo, y di si no sientes en ti más calor, un calor más benéfico y más sano que cuando te pegas á esos sentimientos vagos sin los cuales crees no poder vivir.

¿Quieres ser bueno? ¿Quieres ser feliz? Para llegar á ese fin, nada tan necesario en cuanto de ti depende como el sentimiento dirigido por una voluntad enérgica. Pero lo repito una vez más: la voluntad viril y bien decidida no debe absorber los movimientos del corazón, las pasiones; debe regularlos y dominarlos. Si está bien ordenado el sentimiento, ó el corazón, si está bien templada la voluntad; si todo lo dirige bien la razón, no nos será difícil entonces orientar nuestros esfuerzos en dirección de la empresa que debemos llevar á cabo como hombres. La cabeza delante para servirnos de guía, siguiendo animosamente

sus órdenes la voluntad y el sentimiento; las pasiones sometidas á la una y á la otra. En pocas palabras: la cabeza, la voluntad y el corazón, cada uno en el lugar correspondiente, pero la cabeza completa, la voluntad completa, y el corazón completo; tal es el verdadero estado del hombre completo. Sólo á este precio puede producir una virtud noble, sana y completamente humana.